

Suárez, Hugo José (2003).
La transformación del sentido.
Sociología de las estructuras simbólicas.
La Paz: Muela del Diablo.

Danilo Reuben Matamoros

La transformación del sentido, resume el trabajo teórico y metodológico de la investigación que le valió al autor su título de Doctor en Sociología de la Universidad Católica de Lovaina. Tratándose de la teoría y la metodología, el autor se remite a experiencias concretas únicamente para ejemplificar los procesos teóricos. Los resultados empíricos de su trabajo se encuentran en otra publicación.

Suárez se interesa por los procesos simbólicos que atravesaron algunos sacerdotes católicos durante la llamada Teología de la Liberación que los llevó de un catolicismo ortodoxo a la aceptación de algunas premisas marxistas. La transformación del sentido a la que alude el autor es a ese proceso en el que los significados dejan de ser suficientes o satisfactorios para los sujetos o para las condiciones materiales del contexto y por lo tanto deben transformarse, ya sea adaptándose, evolucionando, o desapareciendo y dando paso a nuevos significados.

Suárez se enmarca en una sociología simbólica, la de las estructuras simbólicas y los sistemas de sentido. Es una sociología interesada por el inconsciente de los sujetos en tanto es allí donde pueden encontrarse los códigos de percepción (*habitus*) que dirigen la acción social. El autor recurre entonces a tres autores principales: Freud, Durkheim, y Weber; y a otros no tan principales, pero tampoco secundarios, como Bourdieu o Reich.

En cuanto a la metodología, el autor opta por un modelo de análisis estructural del discurso derivado de las teorías de Algiras J. Greimas y muy desarrollado por profesores del Grupo de Ciencias Sociales de las Religiones de la Universidad Católica de Lovaina, especialmente por Jean Remy y Jean Pierre Hiernaux.

Suárez propone un concepto central alrededor del cual gira toda su teoría: lo *simbólico social*. Se trata del contenido de la vinculación entre lo psíquico y lo social, de una “movilización afectiva” en la que el actor articula sus necesidades personales de realización y las pulsiones psíquicas que éstas conllevan, con los condicionantes y constricciones socioculturales del contexto en que se desenvuelve.

El libro, dividido en tres capítulos, inicia con los fundamentos teóricos del *simbólico social* donde el autor expone los principales elementos tomados de los clásicos para la construcción de este concepto. Desde Freud, se interesa en la muerte de las pulsiones y el nacimiento de un nuevo ser controlado y listo para convivir en sociedad, producto de una contradicción entre civilización y anarquía, donde “la energía psíquica inicial del sujeto no desaparece [...] sino que se transforma y reinvierte [...] en creación de ilusiones.” (Suárez, 2003, p. 46). De Durkheim aprovecha la escisión sagrado/profano para justificar la necesidad del sujeto de ubicarse, distinguirse y, si es del caso, movilizarse “hacia aquello que considera mejor” (Suárez, 2003, p. 54) cosa que resulta fundamental al ocuparse de un tema que integra las ilusiones del sujeto con las disposiciones prácticas de la

cultura. Y con Weber nos recuerda la importancia de lo simbólico en la realidad práctica de nuestra existencia, en especial al tratarse de significados trascendentales de salvación que le otorgan a la vida un sentido orientado ya sea al más allá, o a este mundo. En sus palabras “que los comportamientos prácticos de la vida están influidos por una serie de dispositivos simbólicos y, sobre todo, en busca de un fin central en la tierra, alrededor del cual se organizan las energías psíquicas.” (Suárez, 2003, p. 69).

Estos son los principales elementos con los que Suárez construye teóricamente lo *simbólico social*, sin embargo, no son los únicos. El autor continúa en su segundo capítulo con una explicación del concepto, sus principios, su funcionamiento, sus posibilidades de análisis, y su capacidad y condiciones de transformación. Sumado al aporte de Freud, Durkheim, y Weber, Suárez aprovecha la noción de *habitus* de Pierre Bourdieu para ubicar y ejemplificar su objeto y discusión. Es esa incorporación de un orden externo, con sus principios, disposiciones, y determinantes organizadores lo que le permite al autor explicar su concepto de *simbólico social* como un producto de la tensión entre sujeto y sociedad. Sin embargo, aclara, ambos conceptos no definen lo mismo, en tanto el suyo intenta comprender la incidencia significativa de los sistemas propios de los actores; es decir que no se interesa tanto por definir y descomponer el *habitus*, sino por entender y caracterizar la relación sujeto–sociedad y las implicaciones que esta tensión tiene en el sujeto.

El simbólico social es entonces un contenido, entendido como el sentido, como una manera de ver las cosas, como los referentes culturales del sujeto, o como un sistema de percepción, construido por el actor “tanto en el plano cognitivo como en la estructuración psicoafectiva y de integración social” (Suárez, 2003, p. 83). Así, el actor se construye sistemas de sentido que a su vez conforman estructuras simbólicas en las cuales se articula la necesidad de realización personal, las ilusiones, los objetivos, y las metas con los condicionantes y determinantes socioculturales del contexto. Son éstas estructuras las que pueden sufrir crisis simbólicas, momentos en los que los significados aceptados dejan de ser suficientes ya sea para los sujetos o para las condiciones materiales dinámicas del contexto y puede entonces producirse la transformación del sentido.

Para efectos de su análisis el autor expone brevemente algunos principios básicos del método de análisis estructural de contenido, bastará mencionar aquí que el método busca descubrir las estructuras simbólicas de un discurso, específicamente a partir del análisis de la lógica explícita e implícita del texto. Este tipo de análisis le permite al investigador construir estructuras simbólicas en las que se relacionan objetos o calificativos opuestos que pueden transformarse o movilizarse y dejar de ser contrarios; así por ejemplo, las condiciones una vez opuestas de “marxismo” y “cristianismo” pueden pasar a ser, mediante un proceso de transformación simbólica, condiciones compatibles, lo cual se evidencia en el uso de los conceptos en los discursos.

Claro ejemplo de uno de esos procesos de transformación es el objeto empírico del cual se ocupa el autor. En su tercer capítulo, Suárez nos explica cómo puede observarse el funcionamiento concreto y la transformación del *simbólico social* a partir del estudio de la movilización afectiva que llevó a algunos sacerdotes bolivianos de los años 50 a los 70 a aceptar el marxismo como posibilidad cristiana, es decir a sustituir la ideología “marxista = ateo” y aceptar un nuevo sistema simbólico en el que ser cristiano pudiera confluir con ser socialista. El ejemplo es preciso, para que

este tipo de resignificaciones ocurran debe haber un proceso interno del sujeto en el que se acepta lo que antes era inaceptable, debido en gran parte a las presiones que el contexto ejerce sobre él.

Finalmente, en las conclusiones, el autor sintetiza el proceso de transformación del sentido diciendo “Ante la crisis simbólica, el sujeto desarrolla una serie de estrategias de reorganización del sistema de sentido para volver a encontrar un nuevo equilibrio, lo que implica la formación de una nueva estructura.” (Suárez, 2003, p. 160)

Quizás el único aspecto en el que su teoría se vuelve confusa lo encontramos cuando el autor intenta descomponer el simbólico social en tres elementos, a saber: la estructura social, la estructura cultural, y el factor “actorial”. La ambigüedad se presenta al definir los componentes de las primeras dos categorías, la dinámica entre éstas y con la tercera. Sin duda se trata de elementos difíciles de observar y concretar, lo único que podríamos pedirle al autor sería tal vez un poco más de profundidad.

No podemos terminar sin antes aclarar que el libro es rico en conceptos y teorías que complementan la discusión, explicando cómo y por qué se dan los procesos internos simbólicos y afectivos del sujeto, así como su relación con el contexto y las condiciones materiales de su existencia. Lo que aquí presentamos no es más que un resumen muy somero de una teoría que debe leerse con cuidado y que puede aportar mucho en el estudio de la relación individuo/sociedad, especialmente por su calidad de síntesis.

Reseña recibida: 7-12-2003, aceptada: 8-3-2004